

# **UNA SONRISA ETERNA**

**Pseudónimo: CLARA CORTÉS**

Él ya lo sabía. Permaneció inmóvil unos instantes, observando el enorme Boeing de alas plateadas que surcaba el cielo luminoso de Milán. Complaciente, sonrió sin apartar sus ojos curiosos de aquel artefacto diabólico. Siempre supo que el hombre, algún día, volaría como lo hacían los pájaros.

Leonardo, decrepito y cansado, agachó su cabeza y comenzó a caminar despacio, arrastrando su vieja túnica de tafetán color corinto. Habían pasado más de quinientos años y, sin embargo, la ciudad aún conservaba retazos de aquel encanto que le cautivó durante los años que vivió y trabajó allí. Se detuvo frente al pórtico del Duomo y contempló la belleza deslumbrante de sus arcos y capiteles de mármol rosa. No era así como lo recordaba, pero sin duda, solo por contemplar su majestuosidad extraordinaria había merecido la pena un viaje tan largo.

Se extrañó del silencio. Allí no había ruidos ni alboroto y las gentes andaban de acá para allá con prisas, sin cruzarse apenas unas palabras. Tampoco vio mercados de frutas y salazones ni ganado atravesando por los caminos, que parecían limpios de barro y excrementos.

Continuó caminando hasta llegar a una gran avenida flanqueada por enormes edificios metálicos que apuntaban al cielo. Su cabeza, ávida de nuevos retos a pesar de la fatiga y el asombro que le turbaba, comenzó a imaginar la manera de ascender a esos monstruos repletos de ventanas y vidrios relucientes.

«Un buen sistema de poleas con engranajes perpendiculares que eleven una plataforma, será suficiente» murmuró, mientras rebuscaba en su bolsa de tafílete algo sobre lo que dibujar el diseño de su nuevo proyecto de ascensores de madera. De repente, un golpe seco en el hombro casi le hizo caer de bruces.

— ¡Apártese abuelo, que casi lo atropello! —gritó un muchacho desde lo alto de una bicicleta que circulaba a gran velocidad. Leonardo, incorporándose lentamente del empujón, sonrió de nuevo. Sí, esta parecía estar fabricada con un material plateado y brillante pero, en esencia, era igual a aquella de madera que él construyó en 1504 en su taller de las afueras de Milán.

Continuó recorriendo calles y caminos durante horas; contempló ensimismado cómo en una especie de cuadros luminosos se mostraban hombres y mujeres que, sin embargo, parecían no estar allí. Descubrió ingenios de cuatro ruedas que se desplazaban a gran velocidad sin esfuerzo aparente y comprobó, acariciándolas con sus propias

manos, cómo las viejas paredes del castillo de Ludovico Sforza habían resistido con elegancia el paso de los siglos.

La ciudad era otra y aquel mundo, extraño y desconcertante, no era como él lo había imaginado.

Sentado en las escalinatas de un moderno palacete del siglo XVIII, fijó su mirada en un cartel de viajes, colgado en una de sus paredes.

— ¡VIAJE A PARÍS! — DISFRUTE DE UN PASEO INOLVIDABLE POR EL MUSEO DEL LOUVRE

Leonardo, sonrió de nuevo sin dejar de mirar aquel trozo de papel. La sonrisa de Lisa Gherardini, esposa de su buen amigo Francesco Bartolomeo de Giocondo, era lo único que no había cambiado con el paso de los años en aquel mundo abarrotado de prisas y luces de colores.